

F. GAMBOA

mucho se le parezca, releo su lema, que aparece sobre el nombre circundando el escudo que sirve de marco á un corazón y un áncora. ¡Qué sincero y qué humilde es!

—«*Speravi in te Domine*»—

31 DE DICIEMBRE.—En Benson de Arizona, á las dos y media de la madrugada, con un frío glacial.

Nos transbordamos al ferrocarril de Sonora.

A las siete y quince de la mañana, arribamos á Nogales, donde esperamos media hora en un cafetín, al que nos condujo bondadosamente el Cónsul de México.

Seguimos viaje á Guaymas, á la que llegamos alumbrados por una luna encantadora, y muy molidos y maltrechos, á las nueve y media.

Difículto que pueda encontrarse en parte ninguna un ferrocarril peor que éste de Sonora en el año de 1898.

---

## CENTROAMERICA

---

1899

---

1º DE ENERO.—(Guaymas.) Murrio día de Año Nuevo, en un hotel—el primero de este puerto delicioso—que será un mesón á todo rigor.

Estábamos invitados á comer en la casa del señor don Agustín Bustamante, quien, según lenguas, es uno de los mayores capitalistas del Estado de Sonora. Comida de familia, sin etiquetas, sazónada con la franqueza que es tan común á los habitantes de nuestras costas.

Largo paseo por la bahía, á la tarde. Visitamos el transporte de guerra «Oaxaca» y el cañonero «Demócrata,» cuyos comandantes y oficialidades nos colmaron de atenciones y á mí no me apeaban el tratamiento de «Ministro,»

—¿Ministro? Ojalá! . . . qué bien suena!

Anochecido ya, regresamos del varadero en un remolcador, y como teníamos la mar encontrada, nos resultó el tal regreso un desagradable baño de agua salada que

nos azotaba el rostro con escupitajos que no podían castigarse.

De vuelta al hotel hémonos encontrado en el salón de su *restaurant* con las postrimerías de un baile vespertino y las destemplanzas de una gran borrachera. Son compatriotas, alemanes y yanquis que celebran á su modo el Año Nuevo. Hasta en nuestro cuarto escuchamos los gritos, silbidos, taponazos y música.

Y el viento formidable que tanto azota á Guaymas, el Noroeste, bufa y hace temblar al apartado puerto sonorense.

4 DE ENERO.—(Guaymas.) En el Varadero Nacional presencio cómo ponen en seco al vaporcito «Manzanillo», que vino á limpiar sus fondos cuajados de millones de unos moluscos que los marinos llaman «broca» ó «broma» y que entorpecen notablemente la marcha de cualquiera embarcación.

Este «Manzanillo», juguete metálico no mayor de quinientas toneladas, es el que ha de llevarnos á Mazatlán.

Por la tarde, paseo de tranvía hasta la quinta «Aurora», coqueta propiedad del Lic. Nieto, juez de Distrito aquí y persona emprendedora é inteligente.

5 DE ENERO.—Visita á una bellísima finca de campo que se llama «Aranjuez» y que pertenece á la acaudalada familia Bustamante. Es de tal importancia, que sólo en naranjas puede rendir al año de veinte á treinta mil pesos.

En esta africana y desolada aridez guaymense, qué lin-

das manchas de verdor y frescura las de «La Aurora» y «Aranjuez.»

Después de comer en el hotel, vamos á instalarnos á bordo del «Manzanillo» en nuestro camarote de primera clase, diminuto é infecto.

Hasta muy tarde permanecemos en la toldilla, con añoranzas medio confesadas, por nuestro México y nuestra gente.

7 DE ENERO.—Desde muy temprano fondeamos en la bahía de La Paz, Baja California, después de una travesía tan espantosa, que hasta el cocinero del barco se mareó.

Saltamos á tierra, recorremos la ciudad, comemos en un hotel cuyos dueños son patriarcales hasta en su moderación para cobrar; pero las ilusiones que desde muy pequeño alimentaba yo por este remoto pedazo de tierra mexicana, se me vienen abajo:

La Paz, es una ciudad muerta.

A las seis de la tarde levamos anclas y enderezamos la proa rumbo á Altata.

8 DE ENERO.—Medio día. Altata.

De lejos, caserío miserable de aspecto lacustre; techos de paja quemados por el sol, paredes de junco y lodo, blanqueadas.

En el bote de la aduana fuimos á tierra, no hay muelle; se desembarca haciendo encallar al bote en la arena, y los mismos bogas lo cargan á uno en sus brazos nervudos para depositarlo en el suelo. Sensación de naufragio.

F. GAMBOA

El lugar es horrible; aún palpita el recuerdo del último ciclón, que hará unos seis años arrebató muelle, aduana y casas, resquebrajó la tierra convirtiendo en isla á una península, é hizo zozobrar á barcos fondeados y cambió la entrada del puerto y los bajos de la barra.

Veo llegar el tren de Culiacán, que con sus pitazos y su ruido peculiar de máquina progresista, parece en esta ocasión un anacronismo. La gente apenas si se reanima; dos ó tres granujillas en cueros, con los dedos dentro de la boca sucia, contémpnanlo encaramados en un montículo de arena candente. Una bandada de tordos iende el vuelo.

Al decir de los pobladores, no escasean por aquí las alimañas ponzoñosas.

9 DE ENERO.—Hasta las tres de la tarde de hoy no pudimos continuar nuestro camino.

10 DE ENERO.—Con la bruma del amanecer avistamos Mazatlán, y á eso de las ocho, en que lo permitieron la Sanidad y el Resguardo, abandonamos el «Manzanillo» con el secreto anhelo de no volver jamás á navegar á su bordo.

Mazatlán, tan agradable y atrayente como cuando lo ví hace once años, por primera vez, y hace nueve, la segunda. Viniendo de Altata, adquiere belleza indecible.

Somos alojados graciosamente, en la magnífica morada que la familia Redo posee en este puerto.

«El Correo de la Tarde,» diario de Mazatlán, en afec-

MI DIARIO

tuosos términos anuncia mi llegada y hasta menciona que soy autor de la novela «Suprema Ley.»

14 DE ENERO.—Cinco días de descanso pasados en esta vasta casona, perfectamente amueblada y con inmejorable servicio de criados y alimentos. Solos mi mujer y yo en morada tan amplia, que presenta entre sus atractivos el de un dilatado y cuidadísimo jardín, hace que muy poco nos separemos. Y como el calor aquí obliga á buscar refugio bajo los techos, nada más por las noches salimos, á la Plaza, y una que otra tarde hasta el paseo de las Olas Altas.

Nota desagradable: cuando encienden las lámparas de nuestras habitaciones abiertas, lámparas cuyas flamas palpitan dentro del cristal de los guardabrisas, hemos visto cruzar con su siniestro aleteo estridente á más de un murciélago de medianas proporciones.

La velada pasámosla en la sala, donde hay un buen piano que permite á mi mujer tocar sus piezas favoritas de cuando soltera, en tanto que yo la oigo desde una mecedora que coloco junto á la mesa del centro, y consumo página á pagina «La Casa de los Muertos» de Dostoiewski, que me encontré en uno de los muebles de la vivienda.

Aquí, más que en Guaymas, hemos descubierto sin número de parientes de mi mujer, cuya madre era oriunda de Culiacán. Tal circunstancia nos ha permitido tener algo más de arraigo que el que tendríamos si fuéramos simples viajeros.

15 DE ENERO.—A las ocho de la noche, acompañados

de algunos amigos de Mazatlán y del Lic. Alcalde, hombre de gran saber, muy hospitalario y amable, nos dirigimos hasta el «Acapulco» surto en la mitad de lo que aquí llaman bahía; barco que tal vez sea el más viejo de los que la Mala del Pacífico tiene á su servicio en esta costa.

El «Acapulco» es de ventiséis años de edad y de trágica historia: á su bordo asesinaron años há, en San José de Guatemala, al General Barrundia, que había sido Presidente de aquella República. Regresaba Barrundia de una larga emigración en México, con el propósito de ir á establecerse en Costa Rica, y temeroso de los implacables odios y atroces persecuciones de sus compatriotas—pasiones y odios que de memoria conocía por haber sido él cuando en el poder estuvo, cruel y apasionado,—creyó que no tendría consecuencias su estadía en puerto guatemalteco yendo cual iba amparado bajo «la bandera de las estrellas.» Pero contaba sin la huésped, porque según entonces se afirmó, atribuyéndolo unos á debilidad ó ignorancia, y otros á cosa peor, el Ministro de los Estados Unidos en aquella época (un californio medianamente enriquecido que yo conocí y traté), cedió á las instancias del Gobierno cerca del que estaba acreditado y suscribió una orden de entrega que el capitán del «Acapulco» obsequió sin más averiguación, permitiendo que los soldados del puerto, al mando de un oficial, extrajeran al refugiado. Y se desarrolló una lucha instantánea y salvaje: Barrundia, pensó en un principio hacer resistencia, pero al ver por la ventanilla de su camarote, en que se atrincheró lo mejor que pudo, que sus apre-

hensores eran muchos, renunció á defenderse y se ocultó debajo de la litera, conservando en la mano su revólver. En esa posición lo acibillaron á tiros, como á perro rabioso; cargaron luego con el cadáver ensangrentado, y el mar no se tragó al buque, ni al capitán le ocurrió nada, ni hubo nadie que protestara! El Gobierno de Wáshington retiró á su torpe representante; el cuerpo de Barrundia fué inhumado por sus deudos, y al capitán del «Acapulco» retirósele del servicio, al cabo de los años de reglamento, con la pensión que le correspondía.

La leyenda de este asesinato todavía perdura entre alguno de los servidores del «Acapulco» y como que afeara á todo el barco, no obstante los esfuerzos de su actual capitán, un simpático triestino naturalizado americano, que jura y perjura no entregaría á ninguno de sus pasajeros, así se lo pidieran de palabra ó por escrito todos los ministros diplomáticos que pueda ostentar Centroamérica.

16 DE ENERO—Desde muy temprano, frente á San Blas, donde me propongo no desembarcar.

Doyme á la instructiva tarea de pasar una revista de mis compañeros de viaje, y he aquí lo que saco en limpio:

Primero y principal grupo: un caballero que con nosotros subió anoche en Mazatlán y que hoy seguirá su camino rumbo á Guadalajara, acompañado de su esposa y de catorce descendientes. Forma parte de la colonia un perro precioso de muy respetable tamaño.

Segundo: dos jóvenes salvadoreños de buen aspecto y buen pergeño, que á la legua se adivina son hermanos. Este es grupo interesante, porque el hermano menor viene loco perdido y el mayor custodiándolo con toda delicadeza.

Tercero: diez agustinos españoles, que huyendo de las Filipinas, van á establecerse en tierra de Colombia.

Cuarto: un viajante de comercio, francés.

Quinto: el Cónsul de Guatemala en Manzanillo.

Sexto: hasta seis americanos de los Estados Unidos, dos señoras y cuatro varones.

Séptimo: un muchacho nicaragüense, á quien todos llaman familiarmente Horacio, que va á pasar á su tierra las vacaciones.

Octavo: Mi mujer y yo.

Total: cuatro gatos, sin ofender á nadie.

Cimento francas y amistosas relaciones de amistad con los diez agustinos; de ellos, cinco son muy ilustrados. Cautívame oírlos hablar de los usos y costumbres del archipiélago asiático que la guerra acaba de amputarle á España; oír sus impresiones de la propia guerra; saber de qué manera milagrosa salváronse ellos, que estaban esparcidos á los cuatro vientos, y escuchar cómo, por remate, todos juntos evocan sus épocas de estudiantes en el Escorial de Madrid.

Con excepción de dos, completamente afeitados, los demás hánse dejado la barba y visten al igual que cualquiera de nosotros; en un principio, los tomé por actores, equivocación que mucho los regocija.

18 DE ENERO.—Manzanillo.

Saltamos á tierra é invitados por el Cónsul de Guatemala, almorzamos en el hotel del villorrio.

¡Qué triste es todo esto, Dios mío, qué salvajemente triste!

20 DE ENERO.—Acapulco.

Desde á bordo, tan encantador como hace diez años, y ya dentro de él tan feo como hace diez años, ni más ni menos.

Aquí nos abandona casi todo el pasaje; sólo quedamos los padres agustinos, el pobre loco y su hermano, Horacio y nosotros.

También para los patrones de los botes que rodean el vapor, el aspecto de los padres los hace suponer que se trata de una compañía de teatro, de la que me diputan empresario, á causa de mi gorra, será; y como los padres me autorizan para ello, llevo adelante la broma, anuncio que desembarcaremos en la tarde y que hemos resuelto dar una sola representación en Acapulco, poniendo en escena «La Tempestad.»

Esto nos permite alcanzar un precio más reducido para transportarnos hasta el muelle, y el que cuando nos instalamos en las afueras de un hotel á tomar refrescos, porque el calor es ecuatorial, se agolpe en nuestro alrededor el pueblo entero, que no se conforma con que no seamos en realidad lo que parecíamos.

22 DE ENERO.—Frente á Ocos, primer puerto guatemalteco sobre el Pacífico, viniendo de México.

F. GAMBOA

Todo el día anclados, sufriendo de un balance rudo, que en estas latitudes genéralo la mucha mar de fondo que domina en ellas cuando se acerca uno á su costa; asediados por cinco ó seis tiburones que rodean perezosamente nuestra nave, casi á flor de agua, enormes, repugnantes, muy marcado su carácter bestial y feroz. Por poco no pescamos á uno, pero de una dentellada partió el alambre del anzuelo, y con éste clavado en la boca, desapareció, ¿narraría el percance á sus congéneres,?... porque todos se marcharon, inopinadamente. Quedáronse los peces menores, muchos, muchísimos, hambrientos todos, persiguiéndose entre sí por engullir los desperdicios de la embarcación.

23 DE ENERO.—Frente á Champerico, otro puerto guatemalteco, no obstante que por la estructura de su nombre pudiera parecer de origen galo ó franco.

Día gris.

Por la noche y siguiendo la costumbre inaugurada desde Mazatlán, nos estuvimos las horas sentados en rueda los padres y nosotros, con la obligación cada cual de contar algo que entretuviera al auditorio. El padre López, á quien sus compañeros denominan *Abate*, se ha sacado el premio, lo mismo que en noches anteriores. ¡Qué deliciosa manera de contar la suya ó de improvisar historias interesantes y tiernísimas, formadas de una nadería!

El superior, fray Paulino Díaz, que es el varón de más virtudes y de más sabiduría del grupo, ha sido, sin quererlo, un modelo continuado para el padre que yo ne-

MI DIARIO

cesitaba en mi próxima novela «Metamorfosis.» Cuánto he sacado de él y cuánto he aprenuido.

24 DE ENERO.— A las cinco de la mañana fondeamos en San José de Guatemala.

Vienen á recibirnos hasta á bordo, Luis G. Ricoy, que es segundo Secretario de la Legación de mi cargo y discípulo mío de primeras letras; y un mexicano establecido desde hace muchos años en Guatemala, D. Carlos M. Trejo, que quiso gastar conmigo tal galantería. Ricoy me presenta al Comandante Militar del puerto, que pone á mis órdenes su falúa.

Antes de desembarcar, despídome del capitán y de la oficialidad del «Acapulco;» de Horacio; del salvadoreño cuerdo y del pobre salvadoreño loco, quien, muy risueño desde que respira aires centroamericanos, se limita á sonreírme y á apuntar, no muy lejos, hacia su tierra, donde saltará mañana.

Mi despedida de los padres es algo más dilatada. Obséquianme á mí con una pluma de oro, «para mis libros,» y á mi mujer con una preciosa tela de seda tejida por los indígenas de las Filipinas; entréganme, además, la carta que aquí reproduzco y que conservo como grato recuerdo, suscrita por las firmas autógrafas de los diez trashumantes sacerdotes. Dice así:

«Enero 24 de 1899.

«Señor D. Federico Gamboa.

«Muy señor mío y distinguido amigo: Como prenda de buena amistad y como recuerdo de los buenos ratos

« que en su grata compañía hemos pasado en los pocos días de travesía en el «Acapulco,» le ofrecemos una pieza de tela que no tiene más mérito que haber sido tejida en Iloilo de Filipinas, para su digna esposa, y la pluma para usted, deseándole que con ella dé días de gloria á su querida patria, hija predilecta de España, por cuya prosperidad hacemos fervientes votos.

« Excusamos decirle que todos hemos sentido en el alma la separación de ustedes, quedando aquí un vacío imposible de describir. ¡Mentira parece que un conocimiento de tan pocas horas haya echado tan hondas raíces! Quién sabe si aun tendremos el gusto de estrecharnos las manos, bien en México ó en España.

« Entretanto, donde quiera que sea, cuente con nuestra incondicional adhesión y sincera amistad, y poniéndonos á los pies de su digna señora, nos repetimos de ustedes afectísimos seguros servidores y amigos q. s. m. b.»

« Firmados—Fray Paulino Díaz.—J. M. Jiménez.—M. A. López (*Abate*).—Fray Rufino Santos.—Fray Dionisio Ibáñez.—Fray Benigno Díaz.—Fray Urbano Solís.—Fray M. Torres (*El Doctor*).—Fray Wenceslao García.—Fray Joaquín Díaz»

En la falúa de la Comandancia y con el mar muy tranquilo, nos encaminamos al muelle metálico que se adelanta en el agua y que despide inúmeros destellos con las caricias matinales de este solazo.

Muy peligroso el procedimiento para desembarcar: meten al arribeño dentro de jaula alámbrica que iza un motor manejado por indios y negros; se balancea uno en el

espacio por instantes, se acuerda de sus pecados principales y se arrepiente de ellos, y de no haber hecho testamento. En uno de tantos vaivenes, caese sobre el muelle y le dan á uno salida lo mismo que si se tratara de ave amaestrada.

En tren especial partimos hasta Escuintla, que es la estación en que sirven de almorzar. Mientras almorzamos, se produce grato detalle: un mexicano humilde y anónimo, le brinda á mi mujer un ramo de flores que viene atado con cinta de los colores nacionales . . .

Cuatro y treinta p. m. Guatemala! . . .

Mucha gente á esperarnos: mexicanos; individuos particulares que me trataron hace diez años; D. Agustín Gómez Carrillo en su doble carácter de amigo mío y de Alcalde primero de la ciudad; el Subsecretario de Relaciones y una porción más de personas que me abren los brazos.

En elegante carruaje puesto á mi disposición por el Gobierno, llegamos á nuestra casa.

Después de un viaje de veintinueve días, ya era tiempo. ¡Dios sea loado!

25 DE ENERO.—Al despertar y convencerme de que me hallo en Guatemala, experimento lo mismo que experimenté en ella hace once años: considérome, no obstante su vecindad geográfica con México, en un país muy remoto, muchísimo, cuya mayoría de pobladores, por una causa ó por otra, más bien ha de reputársele hostil hacia los mexicanos.

Nuestra residencia es más que aceptable; fórmala un

gran edificio en la calle principal, amueblado de arriba abajo y con porción de comodidades.

Empleamos el día en abrir baúles y cofres, y cuando comenzamos los arreglos de instalación, me arrepiento de no haber traído conmigo todos mis libros y *bibelots*.

Es que secretamente me he propuesto no arraigar demasiado, sólo pasar aquí un par de años.

Por la tarde y acompañado de Luis Ricoy, dí principio á mi *tournee* oficial y á mi *tournee* diplomática, cosas ambas que más bien podrían denominarse *corvées*. Mañana seré recibido en audiencia privada por el Presidente de la República.

26 DE ENERO.—D. Francisco Anguiano, Ministro de Relaciones Exteriores (y Ministro Diplomático que fué de Guatemala en México cuando D. Justo Rufino Barrios, de célebre recordación), me llevó ante el actual Presidente, D. Manuel Estrada Cabrera.

La entrevista efectuóse en lo que aquí llaman Palacio Nacional y que no tiene de palacio más que el nombre, pues es caserón destartado y feo, de los viejos tiempos coloniales, sin un solo detalle que lo haga agradable á la vista.

En su interior, es otra cosa; los muebles modernos, los espejos y los dorados, transmútanlo en pasadero.

Al fondo del espacioso patio, y á su izquierda, atravesamos una antesala llena de oficiales y jefes militares de grados diversos, empujamos una mampara-vidriera y de manos á boca me hallé con el Presidente que se incorporó en su escritorio para recibirme.

—El Señor Ministro de México!—dijo en alta voz el Doctor Anguiano, y sin esperar á más desapareció.

La entrevista, como todas las de su especie, sin sabor ni color, con su buen acopio de lugares comunes y de frases hechas. La sola diferencia que advierto, estriba en la amabilidad que el señor Estrada Cabrera emplea para tratarme, hasta recordándome los dos años juveniles que en Guatemala pasé hace mucho tiempo.

31 DE ENERO.—Visito el paseo nuevo de la Reforma, bellissimo, como bello es en este país privilegiado todo lo que la naturaleza ha hecho por sí misma. La vegetación, los horizontes y la luz son únicos en esta comarca que de poco necesitaría para ser una tierra de promisión.

El paseo, en sí mismo, trazado á la europea, ofrece dos defectos: no se descubre alma viviente y adviértese, en cambio, descuido notorio.

Al lento rodar del *landeau* descubierto en que vamos charlando Luis Ricoy y yo, miro tres ó cuatro edificios buenos, en cuenta el hospital militar, que ya era mi conocido; veo también los restos mutilados de lo que fué Exposición Centroamericana, uno de tantos rasgos de la manía de grandezas que padeció el infortunado General Reyna Barrios durante su presidencia. Contemplo, á la mitad del paseo, monumento muy merecido y severo: «Al Libertador Miguel García Granados»; y á los términos de la calzada, dándole la espalda á edificio de líneas agradables, que me asegura Luis es un museo, otro monumento muy italiano en su factura y en sus componentes, erigido á la memoria del General D. Justo Rufino



Barrios. Allí está él, cabalgando en brioso bridón que parece fuera á despeñarse, y empuñando en su diestra la bandera de esta patria suya, que él trató con tantísima crueldad y dureza tanta.

¿Será de veras la muerte un Leteo? . . . Lo pregunto porque aún existen centenares de familias que le narran á usted pormenorizadamente las persecuciones horrosas y los tormentos bárbaros que el General Barrios consumó en sus deudos muertos, y sin embargo aquí está él, en monumento de bronce y mármoles, en actitud heroica, con coronas de flores agostadas que indican que la gratitud nacional viene y las deposita en el pedestal, de cuando en cuando; y una agrupación política, que se llama á sí misma liberal, ha hecho de la memoria de Barrios, tan escarnecida por algunos, su símbolo, su arquetipo y su modelo.

Si se tratara de escribir la historia de este país ¿á quién habría que hacerle caso, á los que atacan al hombre con pruebas fehacientes en su contra, ó á los que lo defienden y dignifican? . . .

¡Allá ellos!

4 DE FEBRERO.—Apunta la reacción que yo anhelaba, vuelvo á ser el trabajador de mis propios libros.

Ya saludo á mi próxima novela en la que adelanto noche á noche.

14 DE FEBRERO.—Gran baile en el Club Guatemalteco, al que concurrió el Presidente de la República. Los maleantes, que aquí abundan en cantidad y en ingenio, aseguran que el Presidente asistió porque mi presencia era

la garantía de que sus enemigos nada harían por volar el edificio.

15 DE FEBRERO.—Primera remesa de dinero á mis acreedores de México. Si así sigo, dentro de un año no deberé nada á nadie.

Bendito sea este destierro, y aun peor que fuera, si en compensación he de recuperar mi independencia individual.

Toda deuda es una humillación para el deudor.

«No deber nada á nadie» . . . ¡Qué himno tan dulce!

18 DE FEBRERO.—Después de quince noches de trabajo sostenido, dí término la noche de hoy al capítulo segundo de la segunda parte de mi «Metamorfosis.»

23 DE FEBRERO.—A la mitad de nuestro almuerzo, llegó un mensaje por el cable, anunciador de que á las ocho de la mañana falleció en México mi padre político.

La lectura de tan fúnebre noticia algo ha de haber hecho cambiar mi semblante, porque mi mujer, con su amante instinto de hija, lo adivinó. . .

Y tarde y noche, lágrimas melancólicas, ansias de suprimir esta ausencia y de irnos con los nuestros á reclamar el lugar que de derecho nos corresponde en el duelo íntimo.

26 DE FEBRERO.—Atácame inopinadamente una instantánea paralización circulatoria que me acobarda y obliga á desabotonarme el cuello de la camisa.

¿Será la muerte? . . .

El Doctor me aplica un cáustico y yo aplícome á la labor de terminar mi próximo libro.

28 DE FEBRERO.—Curioso y nuevo. La rara noche en que interrumpo mi novela y no hago absolutamente nada, duermo á maravilla; mi aguda neurastenia, ó lo que sea, no me importuna.

Carta de mi hermano Pepe, en que me anuncia que desde el día 4 fué nombrado Subsecretario de Relaciones Exteriores, en substitución de D. Manuel Azpíroz, partido á Washington como Embajador. ¡Pudiera mi pobre padre contemplarnos á Pepe y á mí en las respectivas posiciones que ocupamos y que nos hemos ganado por nuestro propio esfuerzo! ¡Pudiera, sobre todo, contemplarme á mí, ya que Pepe fué siempre un estudiante ejemplar y un muchacho modelo, en tanto que yo fuí un aturdido y en ocasiones algo peor que un aturdido!

5 DE MARZO.—Al cabo de otras catorce noches de trabajo, concluyo el capítulo III de la segunda parte de «Metamorfosis.»

9 DE MARZO.—Es extraordinario cómo recupero el sentido moral viviendo en país extraño, en el que mis actos é inclinaciones, juzgados por gente poco amiga, pudieran resultarme completamente perjudiciales.

No llego al catonismo, nó, pero sí me acerco mucho á la línea recta que mi criterio de filósofo (¿quién no es algo filósofo en su fuero interno?) se sabe de memoria.

25 DE MARZO.—¡¡Memento!!

Comida diplomática en la Legación de \*\*\* para despedir al Ministro de \*\*\*

MI carrera, decididamente, es *le monde ou l'on s'ennuie*. Casi todo se vuelve vaciedad y *pose*.

Anselmo de la Portilla, escritor mexicano que como yo pertenece al Ministerio de Relaciones Exteriores y que con pocos días de diferencia de mi salida salió él para los Estados Unidos de América á ocupar su nuevo puesto de cónsul en Nueva Orleans, me escribe desde este último punto pidiendo mi retrato con objeto de que aparezca en un libro que va á publicar, reproduciendo las biografías de literatos nacionales que vieron la luz en «The Two Republics» de México, bajo el título colectivo de «Mexican Living Authors.»

26 DE MARZO.—Notícianme la posibilidad de que me envíen de París las *Palmas Académicas*.

Si se obtienen, las deberé, lo mismo que mi título de académico correspondiente de la Real Española, á Don Agustín Gómez Carrillo, el notable historiógrafo y académico centroamericano, con quien me ligan viejos y afectuosos vínculos de cariño.

Concluí el capítulo IV de la segunda parte de «Metamorfosis»; represéntame veintiuna noches de yunque.

28 DE MARZO.—Dí término á la lectura de los dos tomos de las «Memorias» de Goethe.

¿Por qué no le hallaré á tan reputadísimo escritor la